CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL

"El discernimiento espiritual" es el título que le hemos puesto a la reflexión que voy a compartir con vosotros, y lo primero que voy a decir es qué fuentes tengo en lo que os voy a compartir. De original nada, aquí todo lo hemos recibido y lo trasladamos. He leído así con detenimiento las 14 catequesis que el Papa predicó de agosto del 22 hasta enero del 23; hizo 14 catequesis sobre el discernimiento espiritual. Fueron catequesis muy interesantes. Aparte de ser el Papa quien las realizaba, también las realizaba un jesuita, que sabemos que en su espiritualidad el tema del discernimiento se estudia especialmente. Me voy a servir básicamente de ella, aunque luego me tome mis libertades.

El discernimiento, comienzo por una definición evangélica y por una definición más de antropología filosófica. Desde el punto de vista evangélico, el discernimiento es buscar la voluntad de Dios y, por lo tanto, tener discernimiento es vivir en estado permanente de conversión, así de claro. Alguno podría decir: "Pues en el Evangelio no se habla mucho de discernimiento". Un poco sí. Hay textos en los que nos dicen: "cuando viene el viento sur, sabéis discernir que viene el bochorno o se acerca tal tiempo, ¿y no sois capaces de distinguir los signos de los tiempos?". Sí se habla de discernimiento en los evangelios, pero sobre todo en los evangelios se nos habla de buscar la voluntad de Dios. Eso es discernir. Y, por lo tanto, como la conversión consiste en buscar la voluntad de Dios, vivir con discernimiento es vivir en permanente estado de conversión.

Si tuviésemos que hacer una definición no tanto evangélica sino una definición de antropología filosófica, diríamos: “es el discernimiento un ejercicio de inteligencia, de habilidad y de voluntad para aprovechar el momento favorable”. Me llama la atención estos tres elementos: inteligencia, habilidad y voluntad. Conocimientos, habilidades, competencias, se dice hoy en día en la pedagogía: conocimientos, competencia y actitudes, que es la voluntad. Son los tres elementos claves para poder discernir.

Por lo tanto, la definición evangélica y la definición de, digamos, antropología filosófica tienen algo en común, y es que discernir implica a todas las dimensiones de la persona. Discernir no es algo que es meramente una reflexión de razón. No. Discernir lo implica todo, todas las dimensiones de la persona: inteligencia, habilidad, voluntad. Es como la conversión misma, la conversión lo implica todo. También el discernimiento implica afectos, esfuerzo, conocimiento de uno mismo, relación filial con Dios, lo implica todo. Por lo tanto, es muy importante que no perdamos de vista al hablar del discernimiento, que no perdamos de vista en ningún momento la conversión.

Y puestos a tener esta perspectiva de la conversión, permitidme que vaya a un lugar histórico emblemático, que siempre que algún periodista me ha preguntado ¿cuál es su lugar favorito? (que a veces los periodistas hacen preguntas así un poco curiosas)

"¿cuál es su lugar favorito?", yo nunca he dudado de responder: mi lugar favorito es la capilla de la conversión de San Ignacio, en Loyola. Nunca he dudado la respuesta. Si uno va a aquel lugar, allí lee (está en español y en vasco) un letrero que dice: "Aquí se entregó a Dios Íñigo de Loyola". Así lo dice: "Aquí se entregó a Dios Íñigo de Loyola". Es una frase verdadera pero que, por otra parte, tiene un poco de ingenua, porque claro, Íñigo de Loyola, cuando en aquel momento vuelca su corazón en su deseo de seguir a Jesucristo, pensaba que todo ya estaba hecho, estaba concluido: "Aquí yo ya entrego mi corazón al Señor y no sé, la meta de mi vida ya está cumplida". Era un poco ingenuo pensando eso, porque aquella era su primera conversión, muy importante ciertamente, pero faltaba una segunda conversión que, en el fondo, es permanente a lo largo de toda la vida. Es como si él allí hubiese decidido: "Voy a aprender a tocar el violín". Ya, pero de allá hasta que lo aprendas y tengas agilidad y tengas el ritmo necesario, toda tu vida va a ser un aprender a tocar el violín. Es verdad que aquella decisión primera fue muy importante, pero toda tu vida va a ser un discernimiento, va a ser un discernimiento sobre qué tengo que hacer para ser verdaderamente un violinista. Toda tu vida es una conversión, toda tu vida es un discernimiento.

La vida consiste en pasar de esa primera conversión a la segunda conversión. No sé si habéis leído el libro de Ignacio Tellechea, *Solo y a pie*. Es una joya. Es una de las biografías de San Ignacio más bellas, *Solo y a pie*. Él describe esa diferencia entre ese primer momento, la primera conversión de San Ignacio. En la que él, un poco ingenuamente decía: "Pues si Santo Domingo lo hizo, yo también lo tengo que hacer. Si San Francisco de Asís lo hizo, yo también lo tengo que hacer". Tenía una visión todavía que tenía que purificar muchas cosas, pero él todavía no lo sabía, que tenía que purificarlas. Pero toda la vida suya fue un ir descubriendo cómo Dios le quería ir madurando, ir purificando. Él pensó: "yo seguiré a Jesucristo de esta manera, iré a Tierra Santa, viviré allí donde Jesús vivió", etcétera, y luego resulta que las cosas no fueron así; las fue descubriendo, lo fue discerniendo.

Llegó a Tierra Santa y vio que allí no le permitían quedarse. Le decían que uno solo allí no se podía quedar, e intentó quedarse, y los franciscanos hasta le enseñaron una bula que tenían autoridad para poderle excomulgar si desobedecía. Le mandaron montarse en el barco y regresar. Y él dijo: "Bueno, ya volveré", porque él pensaba que la meta era esa y punto. Y, cuando junta los primeros compañeros de la Compañía de Jesús y él piensa ir a Tierra Santa, se lleva una sorpresa. Ellos hacen el voto de mendigar durante un año en torno a Venecia, predicar el evangelio mendigando, y con el dinero que obtendrían serían capaces de pagarse un pasaje a Tierra Santa. Allí vivirían. Pero curiosamente, tuvieron la precaución, de en ese voto que hicieron, estar un año predicando y mendigando, tuvieron la precaución de poner una cláusula a su voto, y es que si en un año no salía ningún barco de Venecia a Tierra Santa, que entonces se presentarían delante del Papa. Ignacio Tellechea estudia en los libros de los anales del puerto de Venecia, estudia la reseña de todos los barcos que salieron, y él dice que en todo el siglo, fue el único año en el que no salió ningún barco para Tierra Santa. Y entonces ellos habían hecho el voto de que si en un año no salían, había que presentarse delante del Papa. Y entonces se quedaron perplejos: "¿Y qué hacemos?". "Pues dijimos que en un año si no salía, que nos íbamos delante del Papa". Se fueron delante del Papa, el cual les dijo: "¿A dónde vais vosotros, a Tierra Santa? Si allí ya está Francisco y sus hijos, a vosotros os quiero aquí". Entonces Ignacio Tellechea, con una belleza muy grande, titula ese capítulo en el libro y dice: "Soñó Jerusalén pero despertó en Roma". Es una frase preciosa: "Soñó Jerusalén y despertó en Roma". Toda la vida de San Ignacio, como la vida de nosotros, consiste en esto, en ir discerniendo lo

que Dios quiere de nosotros, irlo discerniendo. Y uno lo va descubriendo; la vida es un discernimiento, la vida es la búsqueda de la voluntad de Dios para cada uno de nosotros en nuestra vida. Esto es ser cristiano, esto es seguir a Jesucristo, siempre en clave de discernimiento, siempre en clave de conversión.

Pero sí es cierto, obviamente, que fue muy importante ese primer momento de la conversión de San Ignacio, cuando en esa capilla dice: "Aquí se entregó a Dios Íñigo de Loyola". Allí comenzó su discernimiento y allí él vio que sucedían pensamientos y afectos de signos distintos dentro de él, que le dejaban huellas diferentes. Experimentaba pensamientos atractivos a corto plazo (por ejemplo, ganar guerras, conquistar damas) que eran muy atractivos, pero que luego esos pensamientos le dejaban vacío y descontento; y experimentaba otros pensamientos, que no eran tan atractivos para la carne, pero que, sin embargo, le llenaban de paz y alegría a medio plazo, a largo plazo. Entonces él comparaba lo que acontecía dentro de él y comenzaba la escuela de discernir qué es de Dios y qué no es de Dios, y comenzaba Ignacio a decir: "Esto es de Dios, esto no es de Dios".

Por cierto, el Papa subraya en sus catequesis un detalle histórico de aquel episodio para que lo tengamos en cuenta a la hora de discernir. ¿Y a qué se refiere? Cuando San Ignacio comenzó su convalecencia allí, porque había sido herido en la defensa del castillo de Pamplona, comenzó su convalecencia en la que tuvo esos sentimientos encontrados que fue distinguiendo. Allí también hubo una casualidad (entre comillas), y es que la hermana del hermano mayor de Ignacio, o sea, la cuñada de San Ignacio, era una mujer piadosa que no tenía libros de caballería allí. San Ignacio había pedido libros de caballería para llenar las horas de convalecencia, y no había, y como no había, le habían dado el *Flos Sanctorum*, la *Imitación de Cristo* y el *Flos Sanctorum*, la vida de los santos. Y entonces el otro dijo: "Bueno, pues si no hay más, vamos con esto". Dice el Papa “que Dios también trabaja los discernimientos a través de los eventos no programables, a través de los contratiempos”. A la hora de discernir, Dios integra los contratiempos. Dios ha querido que tú ahora no tengas otros libros que estos, tú verás, o te mueres de asco, aburrido o coges estos libros. Dios escribe derecho con líneas torcidas, y los contratiempos también están integrados en los designios de Dios por los cuales vamos discerniendo en esta vida.

Entonces, ¿cuáles son los elementos claves para el discernimiento? Hago una pequeña síntesis de las catequesis del Papa. El primero, sin duda alguna, primer elemento del discernimiento: la oración. Vivir en presencia de Dios, tener una vida de oración estable, profunda, en la que uno se pone en la presencia de Dios y vive a remojo en Dios. Y eso le da un tono de vida, que es como darle a Dios el protagonismo de mi vida. Tener una vida profunda de oración es eso: decir " el centro de mi vida es Dios, tiene la iniciativa. Yo ya estoy con Dios, ahora vamos a ir discerniendo, pero bueno, de momento ya estoy con Él, que es lo principal". Esto es muy importante. Lo importante es, yo no sé muchas cosas, no sé lo que Dios querrá, cómo se desarrollarán las cosas, qué pasará, pero estoy con Él, que es lo principal. Luego lo que ocurra: si estaré debajo de un puente, si estaré en un palacio, lo que sea, eso ya es secundario. Lo principal es que estoy con Él, estoy en su presencia. Y esto es clave para poder discernir, es determinante, porque la oración nos concede un tono de vida. Yo ya estoy con Dios, luego ya nos iremos enterando de qué es lo que quiere. Sin lo primero, lo segundo no sale.

Segunda clave para discernir: el conocimiento de uno mismo. Para poder discernir es clave, y es muy frecuente que nos cueste mucho arreglar, nos cuesta mucho más hablar de nosotros mismos que de las cosas de los demás. Estamos todos muy afectados por la cultura del gran hermano, que es una curiosidad de la vida de los demás y una incapacidad de examinar nuestra conciencia. Es muy propio de este tiempo, de esta cultura: el curioseo de la vida de los demás y la incapacidad de conocernos a nosotros mismos. También el punto anterior, que he dicho de la oración, es muy clave para esto, porque únicamente conociendo a Dios uno tiene la capacidad de conocer a sí mismo. Recordad la famosa expresión de Santa Teresa de Jesús: "A mi parecer, jamás acabaremos de conocernos si no procuramos conocer a Dios". Dice Santa Teresa: tú conociéndole a Jesús te vas conociendo a ti mismo. Empaparte del Evangelio diario, empaparte de las páginas evangélicas es aprender a descubrirte a la luz del Verbo encarnado, a la luz de Jesucristo nos conocemos a nosotros mismos.Y, por supuesto, el conocimiento de uno mismo requiere también esfuerzo; esfuerzo. Dice el Papa: “es un trabajo de excavación interior que requiere apagar el piloto automático para adquirir el conocimiento de cómo somos por dentro”, para enterarte de qué cosas pasan dentro de ti, que a veces no llegas a percibirlas y decir: "A ver, no te engañes, que lo que tengo son celos, déjate de historias; a ver, no te engañes, que lo que tengo es un complejo de inferioridad, déjate de historias". Llegar a percatarte de eso, que tengo unos celos porque tengo un complejo, una falta de autoestima, etcétera, eso supone el que uno se ha tomado en serio el escarbar y el llegar a tocar el fondo de mis heridas. Porque si no escarbas, si no llegas a descubrir el fondo de tus heridas, vas a ciegas en el discernimiento, porque tienes unos complejos, una falta de autoestima, unos celos, muchas heridas que te impiden discernir adecuadamente. Te dan un conocimiento de la realidad deformado. Luego el conocimiento de uno mismo es clave para el discernimiento.

Incluso hoy en día pueden llegar a faltar conceptos muy básicos para poder discernir. Por ejemplo, es un clásico, últimamente, hay una dificultad muy grande para distinguir entre mi voluntad y mi apetencia. Muchas veces hoy en día se llega a confundir voluntad y apetencia, esto es increíble pero es así. Yo estoy haciendo visitas pastorales a los colegios, a los chavales, y es increíble porque intentas, cuando hablas con los chavales, ver la diferencia entre "quiero" y "me apetece" y es que no terminan de distinguirlo, no tienen la capacidad de distinguirlo. Sin esa distinción, si no llego a bucear dentro de mí y ser capaz de distinguir mi voluntad de mi apetencia, no podré discernir. También hay que darse en cuenta de que en el fondo ir conociéndonos a nosotros mismos es una gracia de Dios. Es un esfuerzo, tienes que hacer una excavación interior, pero es una gracia de Dios. Dios te da claves. Dice el Papa: "La vida espiritual tiene contraseñas y el Espíritu Santo las quiere compartir contigo". Y cuando el Espíritu Santo comparte esas contraseñas, dices: "¡Madre mía!, ahora entiendo muchas cosas de mí porque Dios me ha dado luz para conocerme". Ahora bien, no olvidemos que también el maligno tiene sus contraseñas y sus claves para engañarnos. El discernimiento espiritual, es esa distinción de qué es del buen espíritu y qué es propio del mal espíritu, qué es una cosa y qué es la otra.

Permitidme un pequeño *excursus*, un pequeño *excursus* a la hora de hablar de distinguir entre discernir entre el buen espíritu y el mal espíritu. San Ignacio de Loyola habla de que lo que es mal espíritu es un engaño del maligno, un engaño de Satanás. Hoy en día, podemos decir que es difícil distinguir qué influjo es directamente del demonio, de los ángeles caídos, o qué influjo viene más del mundo o de la carne. Eso es difícil distinguirlo, pero no nos importa mucho. Hay ciertos influjos que pueden

explicarse por el influjo mundano o por el influjo de la carne, otros más por la acción directa del maligno. Ya, es muy difícil distinguir eso, muy difícil distinguir: no nos importa tanto. No, al fin y al cabo, tres son los enemigos espirituales: mundo, demonio y carne, y el mundo y la carne de alguna manera están manipulados por el maligno.

No sé si habéis escuchado una parábola que se dice a la hora de entender que no todo es influjo directo del maligno, sino que existen las causas segundas del mundo y de la carne. Y esa parábola es la siguiente: un caballo estaba amarrado, vino un demonio y lo soltó. El caballo se metió a la finca de unos campesinos y empezó a comerse la siembra. El dueño de la finca tomó un rifle y mató al caballo. Entonces el dueño del caballo tomó su rifle y le disparó al dueño de la finca. La mujer del dueño de la finca le disparó al dueño del caballo. Entonces el hijo del dueño del caballo le disparó a la mujer. Los vecinos enardecidos le dispararon al muchacho y quemaron su casa. Luego le preguntaron al demonio: "¿Por qué hiciste todo eso?". Y el demonio respondió: "Yo solo solté al caballo; a partir de ahí ya la habéis liado". Creo que es una parábola que viene a indicar que cuando San Ignacio habla del buen espíritu y el mal espíritu, sí, algunas cosas puede ser acción directa del demonio, otras serán influjo del mundo, de la carne. Nos importa poco eso. Lo verdaderamente clave es que tengamos el conocimiento interior para saber qué heridas tenemos dentro de nosotros. Y distinguir verdaderamente qué es de Dios y qué no es de Dios, y qué viene de nuestras heridas, para que no estén difuminando nuestra realidad.

Es decir, que para alcanzar el conocimiento de uno mismo es importantísimo el examen de conciencia, que no es una mera introspección sino un conocernos a la luz de la mirada de Dios. Tenemos que reconocer que el examen de conciencia lo hemos ido poco a poco, no olvidándolo, pero que lo minimizo. Cuando uno ve que ese Ignacio de Loyola hacía dos momentos de examen de conciencia, incluyendo el del mediodía, dedicándole un cuarto de hora del mediodía y luego a la noche, dice: "¡Madre mía!, tú fíjate, ¿dónde hemos quedado nosotros?". Nuestro examen de conciencia es muy mínimo, mínimo. Llegamos a las completas y dice uno: "Antes de terminar el día, reconozcamos nuestros pecados". Es casi una frase mínima; nuestro examen de conciencia es muy mínimo. Si nuestro examen de conciencia fuese más profundo, nos permitiría observar el recorrido de los sentimientos y de los pensamientos a lo largo de la jornada y nos permitiría conocernos a la luz de Dios.

En primer lugar oración, en segundo lugar conocimiento de uno mismo. En tercer lugar: purificación de nuestros deseos. En el año 2017 tuve la oportunidad de dar una charla sobre los anhelos, los siete anhelos del corazón humano, porque descubrí un libro que es una joyita, una joya que tiene como título *Dioses rotos*, un libro de un tal Gregory Popcak. Y él tiene la tesis en su libro de que Dios sembró en nosotros siete anhelos que luego el maligno se ha encargado de que se conviertan en siete pecados capitales. Que los pecados capitales son como la deformación de los deseos que Dios sembró en nuestro corazón, que han sido deformados. Y la tesis de ese libro es que es muy importante entender cuáles son los anhelos que Dios sembró en el corazón del hombre, para rescatar esos anhelos, que luego han sido deformados y canalizados hacia los pecados capitales. Él viene a decir en ese libro es que el místico, el verdadero místico es aquel que descubre a Dios presente en sus anhelos, en cada instante, las experiencias humanas más profundas. Para el místico, los deseos son la puerta del cielo. El místico descubre que solo Dios puede colmar las ansias que tenemos más profundas, porque descubrimos que tenemos un hambre y sed de Dios, que está en

esos anhelos que tenemos. Para que esto sea así, tenemos que haber purificado nuestros deseos, tenemos que haber purificado nuestro corazón de carnalidad, de mundanalidad, para descubrir qué es lo que Dios puso en nosotros y qué es lo que después se ha deformado.

En esta misma línea el Papa insiste mucho en atrevernos a soñar, atrevernos a descubrir los verdaderos deseos de nuestro corazón. Como esa nostalgia de plenitud que Dios sembró en nosotros. Insisto, esto supone purificar nuestros deseos, porque muy fácilmente hemos confundido, como decía antes, "quiero" y "me apetece", y hemos confundido lo que son los deseos de plenitud que Dios sembró dentro de nosotros de los deseos carnales, los deseos mundanos que han sido deformados por el pecado original y por nuestros pecados personales.

A Jesús, si nos fijamos en los evangelios, a Jesús le gusta autentificar los deseos del hombre. Por ejemplo, hay pasajes en los evangelios que cuando Jesús va a hacer un milagro quiere autentificar el deseo, dice: "¿Quieres ser curado?". Es como si Jesús, antes de hacer un milagro, estuviese invitando a que aclaremos el deseo de nuestro corazón: "Sí, Señor, ¿qué quieres que haga por ti? Que vea". Jesús, quiere que el hombre descubra los verdaderos anhelos que Dios ha puesto en nuestro corazón. Por desgracia, existen muchas personas que sufren hoy en día porque no saben qué quieren hacer de su vida, porque no saben qué deseos tienen, porque tienen el deseo atrofiado y no saben por dónde les pega el viento, y que puedes decir una cosa y mañana la contraria, porque no has llegado a madurar tus deseos, a discernir verdaderamente qué es lo que Dios ha puesto en mi corazón como un verdadero deseo que tengo que buscar en plenitud. Por tanto, el tercer elemento para discernir es purificar nuestros deseos.

Cuarto: leer el libro de nuestra vida. Uno aprende mucho a discernir la voluntad de Dios leyendo el libro de su propia vida, es muy valioso. San Agustín, en el conocido libro de *Las confesiones*, es increíble las cosas que dice. Él descubre cómo Dios había estado cerca de él sin que él lo percibiera; dice en el capítulo décimo de *Las confesiones*: "Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo". San Agustín, una parte importante del aprendizaje que tiene del discernimiento es aprendiendo de su vida, de los errores de su vida. Se aprende mucho de los errores de la vida, si uno es capaz de leerlos; se aprende mucho de los aciertos de la vida, si uno es capaz también de reconocerlos. Y otras cosas, porque el hombre que no conoce su pasado está condenado a repetirlo. Y al mismo tiempo, releer la propia vida es descubrir tantos pequeños milagros que Dios ha hecho en nosotros. Por tanto, si uno tiene la capacidad de descubrir su vida, aprende muchas cosas para discernir. En el acompañamiento espiritual es importante también dedicar un tiempo a hablar de nuestra vida, de los episodios de nuestra vida, de los cuales vamos aprendiendo muchas cosas. Por ejemplo, en la terapia de Proyecto Hombre hay un momento en que se hace una anámnesis; una anámnesis que es como un recorrido de nuestra vida, viendo cómo se han originado nuestras heridas y también cuánta gente buena ha habido que yo he tenido junto a mí, que no me he percatado de ello, cuántos pasos he podido dar gracias a sus ayudas. El libro de la propia vida es un libro que tenemos que tenerlo abierto, no cerrado. si tú estás discerniendo el futuro y tienes el libro de tu vida cerrado, ¡por Dios, abre el libro de tu vida y así verás mucho más claro el futuro!

Quinto lugar, entrando ya en la materia del discernimiento: la desolación. Uno tiene que en tiempos de desolación aprender muchas cosas, y luego vendrá la consolación, por supuesto. San Ignacio define la desolación de la siguiente manera: "Oscuridad del alma, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a indiferencia, sin esperanza, sin amor, hallándose perezosa, tibia, triste, como separada de Dios". Estas son las descripciones que hace San Ignacio de Loyola de cuál es el estado de un alma en desolación: las cosas negras, las ve negras. El Papa recuerda también en sus catequesis cuál es la etimología de la palabra desolación (que yo la verdad la desconocía). ¿Cuál es la etimología de la palabra desolación? Es remordimiento, literalmente, la conciencia que muerde. Esa es la etimología de la palabra desolación, que no da paz.

¿Qué ocurre? Que en nuestro tiempo, que somos de la cultura *happy*, la tristeza siempre es considerada como algo negativo, pero hay que entender que la tristeza también puede ser una campana de alarma indispensable, que la tristeza puede ser un semáforo, la luz de alarma de nuestra conciencia. Que la palabra desolación, fíjate, significa conciencia que muerde, remordimiento; luego la desolación puede ser no únicamente un tiempo a superar, sino un tiempo del que aprender. Lamentablemente, muchos abandonan el camino correcto en tiempos de desolación porque ignoran aquella famosa regla ignaciana: "En tiempos de turbación no hagas mudanza". ¡Fíjate! Y fíjate cuántas veces digo en los acompañamientos espirituales, que he hecho a lo largo de toda la vida sacerdotal, cuántas veces he repetido esta expresión de San Ignacio: "Mira, en tiempos de turbación no hagas mudanza", y le ves a una persona turbada ¡Y cuántas veces he repetido esa expresión!, y ¡cuántas personas he visto meter la pata en su vida por no haber hecho caso! Ahora me pondría a hacer memoria y "¡Madre mía!, cuántos errores se cometen por no aguantar el momento del chaparrón, por no decir: agárrate a la cruz, que estás en un tiempo de desolación, quieto parado, agárrate a la cruz". Jesús resiste los momentos de desolación, rechaza con determinación la tentación de abandonar. Eso es claro en la vida de Jesús: fijaos lo que es Getsemaní, es un momento máximo de desolación. Jesús resiste ese momento de desolación, rechaza la tentación del abandono; Él nos enseña a abordar el momento de la prueba sabiendo que Dios no permitirá que seamos probados por encima de nuestras fuerzas.

Atención a esta frase que dice el Papa - que a mí me ha llamado mucho la atención porque es conocedora de nuestra psicología frágil en nuestros días -dice: "Si no hay un poco de insatisfacción, un poco de tristeza saludable, una sana capacidad de habitar en la soledad y de estar con nosotros mismos sin huir, corremos el riesgo de permanecer siempre en la superficie de las cosas y no tomar nunca contacto con el centro de nuestra existencia". Es decir, que uno tiene que tener una cierta capacidad de asumir una insatisfacción en su vida. Como cuando alguien te viene y te dice: "Yo es que mi matrimonio bien, pero me siento un poco insatisfecho". Si es que la insatisfacción tiene que acompañarnos en cierto grado en nuestra vida, porque la plenitud esa que tú quieres aquí, eso es para el cielo. Aquí, que tú en tu matrimonio tengas un cierto grado de insatisfacción es normal, porque tu esposo no es Dios, tu mujer no es Dios, con lo cual una cierta insatisfacción es que es hasta buena, lo que tienes que saber es convivir con ella. Y eso mismo dice el Papa y nos dice a todos nosotro;, es decir, que quizás uno de los problemas que tenemos es que nos falta la reciedumbre para sobrellevar una cierta insatisfacción. Nosotros nos consideramos fácilmente hechos polvo, es que quizás nos falta, tenemos una fragilidad, que nos falta sobrellevar una cierta insatisfacción. No creemos en la serenidad del zen, que es una una supuesta paz

absoluta en la que uno... ¡no!, mire usted, una sana inquietud es buena, es el precio que tenemos que pagar por tomarnos la vida en serio. Quien se toma la vida en serio tiene una cierta inquietud, tú verás.

Y además, otro detalle importante: “la desolación es también una invitación a la gratuidad, a no actuar siempre y solo en vista de una gratificación emotiva”. Si yo, por ejemplo, porque esté en una fase de mi vida en la que no tengo la oración afectiva que tuve en otros momentos en mi vida - que esto es muy frecuente -. Santa Teresa de Jesús, cuando describe los grados de oración, dice: es muy frecuente que los grados de oración, cuando uno llega a la oración afectiva, en ese momento, tiene una experiencia de Dios que le es gozosa, que le es emotiva, etcétera. En ese momento parece que ya no necesita casi remar, para poder estar con Dios, que está espontáneamente con Él. Pero como ese don de la oración afectiva se retire y vuelvas a quedarte tú, un poco en tu soledad: ahí es donde muchos abandonan la oración. Es como que en ese momento, como no tienen la gratificación emotiva afectiva de la oración, ahí abandonan la oración. No entienden que la oración afectiva podría ser un don que Dios les diese en una circunstancia de su vida, pero que no necesariamente tiene que ser así siempre; y no saben hacer oración en la sequedad, no la saben hacer y abandonan la oración. Por lo tanto, la clave está en no huir en la desolación y hacer de la desolación un momento en el que uno examina su conciencia y ve si hay algo en mi vida que esté causando esta desolación, porque es posible que haya aspectos en nuestra vida desordenados que causen una desolación. Entonces, mira a ver: tengo que ordenar esto porque esto, en el fondo, es lo que me provoca la desolación, ya está. Igual una desolación se supera así, o igual no es por un motivo de desorden de vida que se ha producido la desolación, sino que es porque existen momentos de noches oscuras que no están en nuestra mano controlar; pero en cualquier caso, el no huir de la desolación, el permanecer firme, el entender que mi relación con el Señor es gratuita, no es a cambio de nada, nos madura. El momento de la desolación hay un momento de una gran oportunidad de madurar en el corazón del hombre.

Sexto punto, también dentro de la materia del discernimiento: la consolación. ¿Qué es? Descripciones que se hacen de ella: “es una experiencia de alegría interior que consiste en ver la presencia de Dios en todas las cosas. Esta experiencia refuerza la fe y la esperanza y la ca`pacidad de hacer el bien. Es como una especie de movimiento íntimo que toca lo más profundo de tu ser, es como una confirmación de que lo que estamos realizando es lo que Dios espera de nosotros”. Es una gran consolación la que tuvo, por ejemplo, Edith Stein después de su conversión. Le costó mucho su conversión porque era un gran disgusto para su madre judía, etcétera, pero la consolación que le dio Dios después de haber entrado en la Iglesia Católica fue impresionante; Dios le regaló la consolación. Y entonces entendió ella que había hecho lo que tenía que hacer, aunque había pasado por una noche oscura tremenda, hasta que había dado ese paso. Pero tenemos que estar atentos para desenmascarar las falsas consolaciones, que también existen falsas consolaciones, que nos llevan a confundir la paz del espíritu con un entusiasmo pasajero. La verdadera consolación tiene que ser buena en el principio, en el medio y en el fin; en el principio, en el medio y en el fin.

En el principio, por ejemplo, tengo un deseo de intimidad con Dios, que quede claro que tengo un deseo de intimidad con Dios, no de escaquearme de estar con esa gente, ¿me explico? Por ejemplo, a ver, aclárate: tú lo que eres es un tímido que te quieres escaquear de estar con los demás, y entonces como soy un tímido, "es que tengo un

deseo de rezar". Un momento, tú lo que eres es un tímido y te quieres escaquear de estar con los demás; aclárate si tienes verdadero deseo de intimidad o estás huyendo. Eso en cuanto al principio. En cuanto al medio, por ejemplo, que cuando uno está orando porque ha tenido ese deseo de intimidad con Dios (pongo ese ejemplo), no surjan en él sentimientos farisaicos de complacencia y desprecio a los demás, como en esa parábola del publicano; que según yo estoy haciendo algo que he entendido que es inspirado por Dios, eso no me desvíe del fin, que no surjan en mí sentimientos contrarios. Y por último el fin; el fin es examinar a dónde me lleva esta intuición de Dios: si me lleva a la entrega generosa, si me lleva al olvido de mí mismo, eso entonces es de Dios. Si te lleva a una entrega generosa, amar y servir es de Dios. Ahora, si te lleva a lamerte tus heridas, autocompadecerte, a hacer una lectura victimista y narcisista de la vida, entonces no va a ser de Dios; porque puede ocurrir que uno, he puesto el ejemplo, tiene un deseo de oración o de mayor vida espiritual, pero ves que no te lleva a una mayor generosidad, olvido de ti mismo y entrega, sino que te lleva, a eso que a veces ocurre: a una falsa espiritualidad egocéntrica, que en el fondo es narcisista. Me estoy lamiendo mis heridas: "pobrecito de mí", "y qué poco me quejo". No, eso no es santo. La consolación es un lugar en el que el Espíritu deja un sello en nosotros; pero para que no lo confundamos con momentos de entusiasmos pasajeros, hay que examinarla con atención para garantizar que en su principio, en su medio y, sobre todo, en su fin haya sido verdaderamente bien discernido.

Séptimo punto: vigilar, cuidar la vigilancia. No basta con decir: "esto ya está discernido, luego ya se acabó". No. Hay que estar vigilante siempre después de haber hecho un discernimiento también. Hay un texto impresionante, Mateo 12, 43-45, que yo recientemente tuve como una luz para entenderlo, porque durante mucho tiempo no lo había entendido este texto. Dice: "Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos en busca de reposo y no le encuentra. Entonces dice: 'Volveré a mi casa de donde salí'. Y al volver, la encuentra deshabitada, barrida y arreglada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él y se mete a habitar allí; y el final de aquel hombre resulta peor que el principio".

¿Qué significa este texto? Tú quizás has hecho un discernimiento en la vida en el que sí has hecho el bien y, el espíritu del maligno ha sido ahuyentado; pero luego no has vigilado y la casa se ha quedado deshabitada. Dice que retornó ese espíritu y encontró la casa deshabitada. Y, a veces, tras ser expulsado el demonio, sí ordenamos nuestra vida, pero no la vigilamos y no cuidamos de que esté habitada por el Señor. No vale hacer un discernimiento, y "ya está hecho", no; sino que yo tengo que vigilar el estar continuamente habitado por el Señor; porque si yo pierdo el amor primero, soy susceptible de retroceder en el discernimiento, soy susceptible de nuevo de poder perder los pasos que di. Acordaos de aquel texto: "Conozco tu conducta, tu constante esfuerzo, pero tengo contra ti que has perdido el primer amor". El discernimiento requiere también un cuidado vigilante. El Evangelio está lleno de versículos que nos llaman a la vigilancia, esperando la llegada del esposo, siempre vigilantes. Es importante estar atentos a la fase posterior de la realización del discernimiento, para captar los signos que confirman ese discernimiento. En el fondo, el tiempo es un criterio para reconocer la voz de Dios. Uno de los signos del buen espíritu es que permanezca una paz duradera en nuestro corazón.

Estos siete elementos, para cuidar nuestro discernimiento. Los siete elementos, que son: el de la oración, conocernos a nosotros mismos, purificar nuestros deseos, leer el

libro de nuestra propia vida, discernir en la desolación, discernir en la consolación y cuidar la vigilancia posterior. Es como un pequeño resumen de esas 14 catequesis que hace el Papa.

Ahora me vais a permitir subrayar cuatro ayudas para acertar en el discernimiento. Cuatro ayudas. Porque a uno le podría parecer: "¡Qué complicado es discernir! ¡qué complicado es conocer la voluntad de Dios, madre mía, hay que hacer aquí una tesis doctoral!". No es cierto, las cosas son mucho más sencillas. Dios no juega al escondite cuando hay un corazón que le busca sinceramente. Conocer la voluntad de Dios es bastante más sencillo, somos nosotros los que somos complejos. Hoy en día está de moda buscar a Dios. Pero no encontrarle, eso no está de moda. ¿Sabes por qué? Jugamos a explorar cosas, a explorar, pero luego en el fondo no queremos el compromiso de que "lo he encontrado y me comprometo con ello para siempre". Pero Dios, cuando busca un corazón sincero, ciertamente le da la luz.

Cuatro ayudas claves. La primera: Palabra de Dios y Magisterio, Palabra de Dios y Magisterio. Sin duda. “Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero”. Además, cuando la Palabra de Dios y el Magisterio lo recibimos en la oración, entendemos que no solo son un texto, son una presencia viva. Es el Señor que nos instruye. Él nos dijo: "Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy no os enviaré el Espíritu Santo; Él llevará a su término todo lo que os he dicho". Él prometió que el Espíritu Santo nos iluminaría. Él habla a nuestro corazón a través de la Palabra de Dios y del Magisterio, que nos permite conocer la vida. Hay tantísimas cosas que se aclaran por entender cuál es la ley de Dios, cuál es el Magisterio. Imagínate, está alguien diciendo: "Es que no sé, me he enamorado de una persona, y no sé qué hacer, estoy discerniendo, no sé qué hacer con mi matrimonio". Mira la Palabra de Dios, mira los mandamientos de la ley de Dios, está bastante claro. Si tú te dejas iluminar por la Palabra de Dios y por el Magisterio, ese discernimiento es claro y en botella, eso es un adulterio. Entonces no te engañes, ese discernimiento es claro. "Es que tengo un discernimiento muy complicado". A ver, ¿complicado? ¡No!, lo que pasa es que tú has permitido que tus afectos se hayan ido liando, liando, y ahora la cosa, pero la cosa es bastante clara: “lámpara es tu palabra para mis pasos y luz en mi sendero”. Pongo ese ejemplo como podría poner muchísimos más: a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio se aclaran tantas cosas.

En segundo lugar, otra ayuda clave: los dones del Espíritu Santo. Acordémonos de la doctrina de los dones, que están dándonos una connaturalidad para conocer las cosas de Dios muy superior a la que podemos llegar a tener solamente por el ejercicio de nuestras virtudes. El don de entendimiento, el don de sabiduría, el don de ciencia, el don de consejo. Fíjate tú. Dice: "Entonces les abrió el entendimiento a los discípulos de Emaús, les abrió el entendimiento para que comprendiesen". O sea, que Dios nos abra el entendimiento a través de los dones del Espíritu Santo. Tenemos que invocar los dones del Espíritu Santo, tenemos que invocarlos. Están actuando en nosotros mucho más de lo que suponemos. También lo digo así de claro. Por ejemplo, una de las cosas que observo en mi vida es que Dios te da, para poder ejercer tu ministerio, una facilidad de poder dar un consejo, de ver un discernimiento con claridad, mucho más fuerte para ejercer tu ministerio que si fuera, por ejemplo, un tema que tú quieres un poco buscar luz en algo, que es para ti mismo y que entonces no tienes tanta luz, y necesitas recurrir a un consejo, a una dirección espiritual. Tienes más luz tú para ejercer tu ministerio con los demás que para ti mismo. Para eso tienes que buscar un consejo humilde de otras

personas. Pero, sin embargo, para ejercer el ministerio, Dios te da muchas veces ese don, o sea, los dones del Espíritu Santo están actuando en nosotros en el ejercicio del estado de vida que Dios nos ha dado a cada uno, en esa palabra que un padre y una madre dirige a un hijo, o un profesor a un alumno, o un sacerdote en la predicación. Muchas veces predicamos y decimos: "¡Madre mía!, ¿de dónde me ha salido a mí esto?, ¿de dónde me han salido estas palabras". Y ves que hay una asistencia de los dones del Espíritu.

Tercera ayuda: la liturgia de las horas. La liturgia de las horas es una gran ayuda para entrar en conocimiento de la voluntad de Dios en nuestra vida. Primero porque comenzamos diciendo: "Dios mío, ven en mi auxilio", que ya solamente comenzamos diciendo eso ya es bastante; pero es que además - porque fijaros - cuando uno recita los salmos se da cuenta que hay como tres sentidos distintos de los salmos: Uno es el sentido histórico en el que un salmo fue escrito: pues este salmo fue escrito cuando después del pecado de David, o este salmo se escribió en el contexto del exilio en Babilonia. Pero luego está el segundo sentido de un salmo, que es el que adquirió cuando Jesucristo lo rezó, que al rezar Jesús un salmo alcanza su significado pleno. Luego hay un tercer sentido, que es el sentido que alcanza un salmo cuando tú llegas a descubrir que estaba escrito para ti y que ese salmo llega a expresar la situación de tu vida ante Dios. Es como si el salmo pusiese letra a la música, como si te ayudase a expresarte delante de Dios. La liturgia de las horas nos ayuda a expresarnos delante de Dios.

Recuerdo en una ocasión, hace años ya, en una visita que le hice a un presbítero, que estaba en la cárcel ¡madre mía!, por pruebas duras que había tenido en su vida. Estaba y tenía una prueba durísima, en la cárcel, y recuerdo que él me decía: "Jamás había rezado los salmos como los rezo ahora. Jamás había rezado los salmos con el sentido profundo de ver cómo están escritos para mí, en ellos entiendo, me he percatado de que Dios había inspirado estas palabras para que yo ahora fuese capaz de expresar lo que hay en mi corazón". Me pareció impactante lo que me dijo aquel cura; muchas veces me acuerdo de esas palabras cuando rezo los salmos. También las preces de laudes y vísperas -os comparto lo que a mí me ayuda - las preces de laudes y vísperas son una joya litúrgica, una joya que centra nuestro corazón en los bienes principales. Si uno hace oración con las peticiones que hacemos en laudes y en vísperas, eso te ayuda a entender cuáles son los bienes principales, en lo que me tengo que centrar, en lo sustancial, en lo esencial. Todo lo demás es secundario. Tan importante saber qué es lo central en la vida, porque si no tienes claro qué son los bienes principales, entonces es que no sabemos exactamente cuál tiene que ser la apuesta principal de mi vida. Por eso sí, creo que la liturgia de las horas nos ayuda mucho a discernir.

Y en cuarto lugar, lógicamente tenía que decirlo: el acompañamiento espiritual que es clave; la importancia de darse a conocer, dar a conocer nuestro corazón compartiendo nuestras luces y debilidades. Solamente el esfuerzo de expresarse ya forma parte de la solución. Fíjate: "Tengo mis problemas, tengo, estoy...", pero solamente el hecho de que vayas a tener un encuentro de acompañamiento espiritual y tú tienes que prepararte un poco, porque tengo que contarle a mi acompañante espiritual cómo estoy, solamente en ese esfuerzo de expresarte ya hay una buena parte de la solución, porque has hecho un esfuerzo de ordenar las cosas, que ya es una luz importante en tu vida. Y además, mirarse al espejo a solas no siempre ayuda, porque a veces si miramos al espejo a solas, se fantasea la imagen; en cambio, mirarse con la ayuda de otro es

importante. Uno a veces se ve un monstruo y el acompañante le dice otra cosa. El acompañamiento espiritual es clave y es esencial. Yo cuando me encuentro con los presbíteros de la diócesis, una pregunta que siempre les suelo decir: "Oye, permíteme la pregunta, ¿tienes acompañante espiritual? No te voy a preguntar quién es, no voy a entrar en curiosidades, pero sí me atrevo a preguntarte: ¿tienes acompañante espiritual?". Pues eso es clave, fundamental.

Una de las expresiones que más me impactó a mí del pontificado del Papa Francisco, que lo dijo al principio y luego no lo ha repetido, pero a mí me impactó mucho escucharle decir: "¿Qué es la fidelidad? La fidelidad es la debilidad bien acompañada". Me parece una expresión perfecta. ¿Qué es la fidelidad? "¿Yo lo puedo todo, yo me siento seguro de mí mismo?".¡No!, la fidelidad es la debilidad bien acompañada. Dios ha querido que no seamos perfectos, ni seguros, ni completos. Dios no ha querido que seamos completos, autosuficientes. No lo ha querido. En su plan, en su designio, está nuestra debilidad. Yo a veces, en plan un poco de broma, suelo decir: mira, entre un cojo, un tuerto y un manco hacemos uno. Dios ha querido que nuestra fragilidad sea patente y que así aprendamos que la fragilidad es nuestra riqueza.

Por cierto, es muy importante que un acompañante espiritual tenga las siguientes características: primera, que esté acompañado, esa es la principal, que un acompañante espiritual esté acompañado. Segundo: que sea muy paciente, muy paciente y muy misericordioso, muy paciente. Entendemos que el tiempo que dedicamos a escuchar a las personas, a acogerlas, es un tiempo de oro, un tiempo de oro en nuestra vida. Que entendamos que un director espiritual no es el que toma decisiones en vez del dirigido. ¡No! No existe la obediencia al director espiritual. No existe esa obediencia; debe existir una obediencia al don del Espíritu. Por lo tanto, también, una característica del director espiritual tiene que ser que él no sea posesivo, que entienda que él es un instrumento de Dios y que las almas son de Dios, que no son nuestras.

Concluyo con una reflexión: la Virgen María, maestra de discernimiento. Y dice el Papa: ¿por qué la Virgen María es maestra de discernimiento? Me ha hecho gracia esto: porque habla poco, escucha mucho y guarda en su corazón. Tres palabras así para concluir. ¿Por qué la Virgen María es maestra de discernimiento? Habla poco, más bien dice: "Haced lo que él os diga". Escucha mucho; María está siempre escuchando, nuestras súplicas - ¡Anda que no le tenemos que poner la cabeza con todo el pueblo de Dios, presentándole nuestros ruegos! - Y guarda en su corazón. Hablar poco, escuchar mucho lo que Dios nos dice, y guardar: “María guardaba esas cosas, rumiaba esas cosas en su corazón”, las ponía en la presencia de Dios e iba, iba guardándolas, iba rumiándolas en su corazón. Curiosamente, en el idioma vasco, en este texto evangélico donde dice que María guardaba estas cosas en su corazón, en la traducción al idioma vasco, se suele traducir por el verbo rumiar, que todos sabemos lo que es. Un animal rumiante ha comido primero, lo ha comido sin digerirlo, y luego, después de haber comido, va sacando poco a poco eso que ha comido y lo va deglutiendo, deglutiendo. Primero lo engulló pero sin capacidad de haberlo recibido, y después de haberlo engullido, va volviendo a sacarlo y lo va deglutiendo. Algo así es lo que lo que significa ese: "María contemplaba todas las cosas y las meditaba en su interior". Discernir es también tantas cosas que hemos visto y hemos oído, volver a sacarlas de nuevo en la presencia de Dios e irlas, poco a poco recibiéndolas. Nosotros recibimos mucha predicación, somos testigos de muchas cosas, pero quizás no hemos tenido el tiempo y

la capacidad de toda esa predicación de haberla interiorizado. Uno necesita un segundo momento, como el animal rumiante, de volver a eso que tragaste de un golpe, volver a sacarlo, ponerlo en la presencia de Dios, irle dando vueltas, y sí, interiorizarlo, hacerlo tuyo, que se convierta en alimento que tú recibes. Por eso María es maestra de discernimiento: habla poco, escucha mucho y guarda en su corazón. A ella le dirigimos esta, Ave María: Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.